
Plenamente mujer, plenamente discípula

Dialogando y compartiéndonos... en memoria de ella

Victoria López Guzmán, FHJ

Resumen

Es importante detenernos de vez en cuando a lo largo de nuestra vida, para darnos razón de los procesos que vamos gestando, sobre todo cuando percibimos que éstos, se vuelven irrenunciables e irreversibles para nuestro camino de maduración humana, de fe y para la propia conciencia. En este artículo, la autora hace una relectura de su historia en clave de género, tratando de entretejerla con su experiencia de discipulado. Entrar en la dinámica de la Ruah, supone arriesgar en caminos desconocidos con decisión y terquedad, sabiendo que puede ser un doloroso aprendizaje, pero con la certeza de que modela nuestra interioridad, nos humaniza y va modificando nuestras opciones en fidelidad al querer de Dios para la propia existencia.

É importante deter-nos de vez em quando ao longo de nossa vida, para dar-nos razão dos processos que vamos gerando, sobretudo quando percebemos que estes, se tornam irrenunciáveis e irreversíveis para nosso caminho de maturação humana, de fé e para a própria consciência. Neste artigo, a autora faz uma releitura de sua história em chave de gênero, tratando de entretecê-la com sua experiência de discipulado. Entrar na dinâmica da Ruah, supõe arriscar por caminhos desconhecidos com decisões e teimosia, sabendo que pode ser um doloroso aprendizado, porém com a certeza de que modela nossa interioridade, nos humaniza e vai modificando nossas opções na fidelidade ao querer de Deus para a própria existência.

1. EN UN AMBIENTE PATRIARCAL

No nací mujer, me fui haciendo “mujer”, y como tal, fui creciendo bajo patrones de conducta patriarcales. Me fueron “imponiendo” una conducta, una formación cultural que, para colmo, tenía una seductora mezcla entre árabe y judía, que respondía perfectamente al estereotipo.

Las mujeres no teníamos derecho a “irnos haciendo”, teníamos que responder a un patrón que, por un lado, frenara el deseo del varón: mirada baja, sumisas, calladas, abnegadas, belleza oculta... y por otro lado, mujeres que contuvieran sus deseos sexuales, esto nos hacía aparecer especialmente pasivas, receptoras... teníamos que ser “a imaginación y deseos del hombre”. No nos dejaban ser a imagen y semejanza de Dios, o sea, libres, inteligentes, tercas, tiernas, amorosas, creati-

vas, bellas... Toda mujer que se comportara fuera de los esquemas patriarcales era mirada, juzgada, y se encontraba ante un mundo hostil, con el rechazo y la negación de su propio género. Crecí, por tanto, en el temor y en la sospecha del cuerpo y sus sensaciones.

Había que entrar en los moldes, en el estilo, en el perfil de la mujer “*deal y prudente*” (objeto): dependiente, incapaz de pensar por sí misma y de tomar sus propias decisiones, sin libertad... porque la independencia, la autonomía y la libertad eran derechos exclusivos de los varones.

Desde pequeña siempre me salí un poquito de los moldes, del patrón establecido. De hecho, fui la única mujer en el barrio y en mi familia, incluidos los varones, que se empeñó tercamente en continuar los estudios. Y esto en mi contexto social, sonaba incluso “*atrevido*”. Por tanto, no nací mujer, me fui haciendo... las búsquedas y las preguntas me acompañaron siempre, así como una cierta inconformidad y rebeldía por ciertas reglas impuestas por una sociedad que nos tenía especialmente controladas ¿Por miedo a qué?

En ese tiempo, yo no sabía dar nombre a esa inconformidad interior, pero me molestaba profundamente tener que repetir patrones: obediencia sumisa, no expresar los desacuerdos, imposibilidad de hablar de los sentimientos y menos aún de la propia sexualidad, no tener más alternativa al llegar a la juventud que tener novio, casarse, procrear, envejecer, y después... la vida eterna. Difícilmente, una joven de mi

época tenía una alternativa diferente a este esquema.

Yo no tenía ninguna conciencia del machismo, menos aún del feminismo, pero con el paso de los años fui tomando conciencia de que, al igual que muchas otras mujeres, estuve marcada por relaciones asimétricas: la carga de la culpa, de la ley indiscriminada, los legalismos sociales, psicológicos y religiosos. Algo interiormente me incomodaba en ese entretejido de relaciones. Intuía, más allá del estrecho marco cultural, que la vida se me había dado para vivirla plenamente, para saborearla, gustarla... pero la sociedad de ese tiempo no ofrecía espacios para canalizar todas esas resistencias...

Esa incomodidad profunda, las experiencias vividas con algunos varones, y un cierto movimiento de búsqueda que nunca dejó de acompañarme, fue cambiando el rumbo de mi vida hasta llegar a buscar otras alternativas donde mis intuiciones, certezas y criterios no quedaran diluidos ni reprimidos.

2. EN LA VIDA RELIGIOSA

Llegué a la VR no sin temores y resistencias. Los cuatro primeros años fueron de cuestionamientos intensos y me fueron confirmando los mismos patrones. Hubo en mí una profunda decepción. Lejos de liberar, encontré una VR que reforzaba con esquemas éticos y teológicos la autonegación, la sumisión, la dependencia a la palabra de los varones, y un estilo de vida que, lejos de hacernos mujeres maduras y plenas, nos infantilizaba y negaba nuestra propia singularidad...

Continué tenazmente la búsqueda de algo diferente, más arriesgado y parecido a la locura de Jesús... ¿Resultado? Me encontré con las Hermanitas de Jesús, y me sedujo locamente su estilo, su libertad incluso institucional... quedé fascinada con esa manera de vivir la Vida Religiosa “desde los márgenes”, fuera de moldes tradicionales... Respiré oxígeno.

Con todos los límites que en ese momento hubiera podido encontrar, ese estilo de vida se convirtió para mí en el espacio donde mis preguntas hacían eco y encontraban respuestas, el lugar donde podía vivir ese algo diferente a nivel humano, que ni yo misma conocía aún pero que intuía: espacio para madurar, dialogar, confrontar, amar y ¡SER MUJER!

Con esa pasión que Dios me regaló, con mi historia, mis búsquedas, mi terquedad y contradicciones, me vine a América Latina... Me pareció nacer de nuevo... Tuve que enfrentar una realidad tan diferente y al mismo tiempo ¡tan fascinante! El impacto fue de seducción y dolor, de desconcierto y atracción, de aciertos y de errores, de riesgos y tanteos... Para mi falta de rapidez mental, debo reconocer que tardé en tener una visión global, amplia y unificada de la realidad y de mí misma en este nuevo contexto. Tardé en ubicarme en esta historia, y cuando creí que todo estaba en su lugar, abrí los ojos a una nueva y dolorosa realidad. La situación de las mujeres indígenas de San Clemente, con quienes vivía, me hizo despertar bruscamente del sueño...

Sentí la sacudida en mi propio cuerpo, frente a esos rostros tempranamente envejecidos, atemorizados, frente a esos cuerpos utilizados y humillados... me dejé invadir por una oleada inmensa de solidaridad con cada una. A ellas les debo mi conciencia, mi búsqueda de dignidad, igualdad y relaciones simétricas... gran parte de mi libertad y autonomía.

Las preguntas que yo creía apaciguadas despertaron en mí con una fuerza increíble. Fue una fortuna haber captado primero la dignidad, el arte, la belleza, el corazón y la resistencia de ese pueblo que me apasionó hace 20 años; de lo contrario, no sé si hubiera podido permanecer ahí por tanto tiempo.

En ese momento, las preguntas no eran fruto de ideales ni rebeldías, ni siquiera de un rechazo a lo establecido... eran fruto de la realidad con la que convivía todos los días, de la soledad y el dolor de las mujeres y niñas, que ni ellas mismas sabían expresar. A veces brotaba en ellas una palabra apenas pronunciada, un gesto; otras, una mirada; las menos, unas tímidas lágrimas; y en la mayoría de los casos, el silencio, y la negación de sus posibilidades. Ser testiga de esa soledad y sufrimiento de mis vecinas, no fue algo externo a mi propio ser... sus silencios eran mis preguntas, hasta el punto de remitirme a mi propia experiencia, de cuestionar mis relaciones, de releer mi historia a la luz, o más bien, en clave de patriarcalismo.

Por muchos esquemas que creía haber roto desde mi adolescencia, me di cuen-

ta de que, yo también me había negado a mí misma la posibilidad de expresar mis sentimientos, mi pensamiento, mi ternura, mis inconformidades, mi creatividad y autonomía, y para colmo, me di cuenta de que tampoco mi comunidad escapaba a ese “*instinto conservador*” que tiene toda institución, de encauzar dentro de un mismo perfil, a todos sus miembros. Con ello, sentía transgredir algo de la peculiaridad de la creación de Dios en mí. Busqué, leí, confronté con otros/as y fui haciendo mi propio balance por un camino muy personalizado, un proceso que, a mi parecer, no entra en contradicción con la vocación de Hermanita de Jesús.

3. PLENAMENTE MUJER

Me ha costado, como a muchas otras mujeres, llegar a disfrutar de mis cualidades, de mis éxitos, del gozo legítimo de sentirme contenta con lo que soy y lo que hago... sin negar la necesidad de seguir creciendo y madurando. Sin embargo, una vez iniciado un camino de libertad interior, la conciencia adquirida no permite dar marcha atrás.

A esta experiencia, se añadió el compromiso con la iglesia institución, que es un sector donde se conserva celosamente un excesivo machismo... lo he sufrido en carne propia. No soportan que una mujer levante la mano y pronuncie su voz para decir una palabra diferente a la suya... no aceptan que una mujer tenga fundamentos para discutir con ellos sobre Biblia o teología; no entienden que seamos capaces de escribir un texto con contenido y fuerza; no les cabe que una mujer sea agraciada e inteligente al mismo tiempo... que sea

autónoma, libre y capaz de tomar decisiones responsables y comprometidas... no son capaces de imaginar a una mujer que, no sólo opta por las personas más empobrecidas y excluidas, sino que vive con ellas/os... he visto la inseguridad en sus ojos, la duda, la sospecha, y para defenderse, he visto y recibido el rechazo, la crítica, la distancia.

Todo eso, lejos de abatirme, me hizo crecer en conciencia, me hizo fuerte y acrecentó en mí la necesidad de seguir buscando con otros y otras, porque no soy la única que se reconoce en camino y en proceso; no soy la única que ha sufrido humillaciones de parte del patriarcado y de la institución... y seguí confiando que la solidaridad de género es una fuerza que rompe las cadenas, no sólo de otras mujeres, sino también de muchos hombres.

Los fundamentos de la VR escritos por varones han tratado, hasta ahora, de contenernos, de moldear nuestras expresiones, de manipular nuestra belleza y nuestro atractivo, porque es la manera de contenerse a ellos mismos y de controlar sus impulsos. He constatado que, a cada paso nuevo, diferente, que da una mujer en la Iglesia, el sistema reacciona y busca cómplices, especialmente entre el género femenino, y esta falta de solidaridad entre mujeres, hace muy pesada y dolorosa la búsqueda de espacios en la institución, para recuperar en nosotras mismas, no sólo nuestra visibilidad y nuestra palabra, sino nuestra propia dignidad.

En todo este proceso, he ido descubriendo que, se puede ser plenamente mujer y plenamente discípula... que es

importante cuidar el cuerpo, en la misma medida en que es importante cuidar el espíritu... que el aspecto y proceso exterior, es tan valioso como el proceso interior... que, no negar los dones y las posibilidades que Dios me ha dado, es tan importante como no negar mi aspecto físico, el cuidado del rostro y del corazón... he ido descubriendo que no puede haber dicotomía entre proceso interior y aspecto exterior... que no se trata de coquetería, de conquista, de falta de sencillez o de espíritu de pobreza, sino que se trata de ser y reconocerme en lo que soy sin dualismos, y antes que ninguna otra cosa, soy MUJER... con todo lo que implica. Y hoy, más que nunca, soy consciente de que ser mujer desde mi opción, implica igualmente, renunciar a una pareja, a la exclusividad de una relación, a la posesividad... pero no a mi fecundidad como mujer.

Esta fecundidad para mí también tiene mucho que ver con mi relación con los varones. No puedo entender el celibato por la negación, sino por la Abundancia. La manera como yo lo concibo libera unos espacios increíbles para la amistad... permite experimentar el atractivo del otro sexo en unos registros corporales diferentes a los de la expresión genital, y además es profundamente gozoso... y como cualquier otra relación, también se inscribe en el cuerpo. He descubierto, igualmente, que si mi rostro y todo mi ser no hablan de plenitud, de felicidad... difícilmente será fecunda mi vida espiritual.

Hoy tengo la certeza de la importancia del cuerpo, de la necesidad de escucharlo como lugar de revelación y manifestación de mis miedos, mis deseos y esperanzas más profundas. Como lugar de encuentro conmigo misma, con mi fuerza y debilidad. Como espacio de encuentro con otras mujeres y otros hombres, a través de los cuales he reconocido la necesidad de cercanía física, la importancia de un abrazo, de una mirada, de un gesto en los que puedo amar y sentirme amada.

La mirada de otros también ejerce sobre mí un poder de atracción. He experimentado la mirada alentadora de quien me comunica deseo de vida, miradas que me afirman como persona, miradas que me descubren nueva y diferente, que despiertan mi cuerpo y armonizan mis sentidos, y otras, que sólo me ven en parámetros genitales y de utilización. Debo confesar que, por momentos, también me invade el temor de quedarme más en la “prudencia” que en el riesgo; en el “equilibrio” más que en el empuje de la libertad; en el “orden” de lo establecido, más que en la vida subterránea que desborda y arrasa todos los prejuicios que vuelven miserables las relaciones.

4. PLENAMENTE DISCÍPULA

Pero también mis certezas están íntimamente ligadas a la persona de Jesús, a su manera de relacionarse tal y como el Evangelio me lo entrega. Ahondar los gestos de Jesús, me ha liberado, en gran

medida, de los viejos y represivos esquemas de relación, especialmente los impuestos, tan sutilmente, en la VR.

Valoro más que nunca mi condición de mujer, mi singularidad y aporte como tal; valoro como una caricia al corazón mi relación con algunos varones que, con su mirada tierna, amorosa y respetuosa, me fecundan; igualmente reconozco y defino lo que me hace diferente a ellos, no como una búsqueda de poder o superioridad patriarcales, sino como una forma de respetar la creación de Dios, y porque es el tiempo de que las mujeres nos expresemos a nuestra manera en la sociedad, en la Iglesia y entre nosotras mismas. En una palabra, creo que es hora de mirarnos a los ojos unas a otras y otras a unos y ponernos de pie, rompiendo ataduras y contradicciones internas que nos impiden la vida.

Es hora de que, desde un compromiso serio, las religiosas no nos sintamos bloqueadas en nuestros sentimientos, en nuestro sentido de pertenencia, en nuestro físico, en nuestra inteligencia, y que al mismo tiempo, nos sintamos profundamente a gusto con nosotras mismas, con nuestro rostro y nuestro cuerpo que guarda la memoria de quiénes somos.

Es hora de que las mujeres, especialmente las religiosas, nos vayamos construyendo como mujeres adultas, capaces de tomar decisiones que nos impliquen, y hagan de otras mujeres y otros hombres, personas con dignidad; que se nos note el gusto por la vida y la felicidad en el cuerpo; que seamos solidarias

unas con otras y rompamos el miedo a desplegar nuestra personalidad, nuestra propia originalidad; que no temamos aparecer como somos, capaces de sostener nuestros sueños, pero también capaces de sostener el fundamento de nuestras opciones, de nuestros cambios; capaces de encauzar la fuerza de nuestra sexualidad y la capacidad de dar vida en abundancia, en multiplicidad de relaciones fecundas, aunque en ello se nos vaya la vida y por ello se nos persiga. Sin duda que la “plenitud” y lo “definitivo” del Reino pasan por ahí, por medio de esos gestos que nos devuelven mutuamente la vida.

No pretendo con todo esto abrir caminos, ni romper moldes, quiero simplemente ser yo misma, vivir en fidelidad a mi propia conciencia, a mi proceso interior, a mi historia... quiero romper en mi persona la dualidad entre lo *sagrado* y lo *secular*, de lo contrario, Dios se habría equivocado en su creación... La energía creativa de Dios está en la unidad del ser humano, por tanto, nada más congruente que ser plenamente mujer y plenamente discípula.

Percibo que, las que queremos seguir el camino del discipulado, hemos de recrear al mismo tiempo un corazón contemplativo y entrar en la dinámica de la *Ruah* que nos lleva por senderos desconocidos e incluso inhóspitos. Escuchar como discípulas es un lento aprendizaje que exige “terquedad y renunciaciones”, volver la mirada a la ‘anchura y profundidad’ de la realidad en la que vivimos para ir poco a poco “ensanchando el espacio de nuestra tienda” (Is 54, 2-3)

y dando cobijo en ella, a tantos rostros excluidos, humillados, maltratados en nuestra sociedad.

Pienso que la mujer discípula tiene algo de “corazón nómada”, busca, camina, modifica sus pasos, de acuerdo a los signos de los tiempos y aprende a dar nuevas respuestas a realidades emergentes. Pero como todos los procesos, éste tampoco se improvisa. El discipulado supone un trabajo de interiorización, conectando la voz de la propia conciencia y de los procesos, a la voz de la Palabra, dejando que ambas se fecunden e interactúen, para que nuestro discipulado tenga raíces firmes y fuertes como aquellos árboles plantados a

orillas del río que saben dar a tiempo su fruto y alimento (Sal 1,3).

Escribir esto me ha servido a mí misma para tomarme el pulso en este momento concreto de mi historia... simplemente he dejado fluir los recuerdos, los sentimientos, las resistencias. He querido expresar mis pasiones, lo que me sostiene y lo que me hace vulnerable. No tengo miedo de exponerme, porque al mismo tiempo que reconozco en mi vida una bella pincelada de originalidad, igualmente reconozco la semejanza con la historia de otras mujeres. Por lo tanto, me sigo construyendo y dando a luz como MUJER y DISCÍPULA.

